

Escribir navegar Prácticas viles oficios populares

Jaime Rubio Angulo*

"... el libro objeto de superstición corporativa".

Paul Vayne

"Este arar los hombres la mar".

Tomás de Mercado

La mayoría de historiadores que se han ocupado de la obra de Tomás de Mercado, en especial de su *Suma de Tratos y Contratos* la ubican y definen como obra de "moral económica" (1). Según estos historiadores los moralistas y teólogos del XVI manifiestan gran interés por el mundo y la vida económica. Tienen clara conciencia de las disfunciones sociales producidas por el Descubrimiento de América. "Como defensores de la justicia y de la caridad (los teólogos) examinan al *detalle* las nuevas manifestaciones de expansión económica a fin de que no se conviertan en usura, más o menos camuflada". Re-

* Filósofo y Master en Ciencias Políticas. Docente de la Facultad de Filosofía de la Universidad Javeriana.

1 Tomás de Mercado. *Suma de Tratos y Contratos*. Edición preparada por Restituto Sierra Bravo. Madrid. Editora Nacional, 1975. Citaremos la obra de Mercado remitiéndonos a los párrafos numerados entre () en esta edición. Cfr. Jaime Rubio Angulo. *Historia de la Filosofía Latinoamericana*, I. Bogotá, 1979.

cientemente Michel Foucault ha mostrado las características de esta red que configura el saber de la época en especial la teoría “de la *moneda* y del *valor*, ciencia de los signos que autorizan el cambio y permiten establecer equivalencias entre las necesidades y los deseos de los hombres”. (2). Que legitima las prácticas: navegar y escribir. Se abren nuevos espacios: el Atlántico y el Manual de confesores. Aparecen nuevos actores. El Confesor y el Mercader.

Es curioso observar que las Sumas o los Manuales de confesores se escriben por solicitud especial de los “amigos” mercaderes. En la carta de dedicación de la Suma dice Tomás de Mercado: “Residiendo los años pasados en esa ciudad Angelo Bruvengo hombre cursado desde su mocedad en los negocios de esas gradas, me compelió con buenas razones, a poner en *orden y estilo claro*, muchas decisiones de casos tocantes a mercaderes que en diversos tiempos y lugares había dado, cuasi en todas materias de sus tratos, así viviendo en Nueva España como en esta Universidad” (1).

Semejante declaración encontramos, en Cristóbal de Villalón: “Un grande amigo mío mercader . . . me pidió con grande insistencia que le escribiese alguna cosa en materia de cambios y usuras . . . en lengua familiar. Trabajé cómo, cumpliendo con él, se hiciese algún provecho al común, por ver la gran necesidad que tienen los hombres de rienda en el negociar, y principalmente por advertir a los confesores en cuyas manos caen los tales, que, por no tener doctrina y experiencia en eso, los dejan pasar y les dan más licencia que es razón” (3). El texto, ya sea Suma o Manual de confesores se vuelve al espacio de nuevas prácticas: Cristóbal de Villalón, por ejemplo, escribe en 1541 un “*Provechoso tratado de cambios y contrataciones de mercaderes y reprobación de la usura*”. Y añade según la costumbre: “Provechoso para conocer los tratables en qué época pecan y necesario para los confesores saberlo juzgar” Parecidos títulos y dedicatorias encontramos en las obras de Luis de Alcalá.

Nos proponemos analizar las “nuevas prácticas” “sus sujetos” y “espacios” así como determinar, si es posible, sus analogías y relaciones. Consideramos que este ejercicio interpretativo arrojará luz sobre temas que ocupan la reflexión filosófica latinoamericana contemporánea como son: la intencionalidad histórica, las prácticas de la cultura ordinaria y la relación entre memoria popular e imaginario colectivo.

2. Michel Foucault. *Las Palabras y las Cosas*. México, Siglo XXI, 1981.

3. Citado por Andrés Melquiades. *La Teología Española del Siglo XVI*, Madrid B.A.C., Vol., II, p. 492.

La obra de Tomás de Mercado *Suma de Tratos y Contratos* fue publicada por primera vez en Salamanca en 1569. Dos años después fue reeditada y aumentada con dos libros nuevos. Nos vamos a referir únicamente a la Suma que en edición de 1571 aparece como “segundo libro” con el título de “El arte y trato de Mercaderes”. Así que “Tratamos aquí solamente, lo que era propio de mercaderes, dejando para los siguientes (libros) lo que le es común a él y a otros muchos negociantes” (407). Desde su primera edición el libro se ofreció al “Insigne y célebre consulado de Mercaderes de Sevilla”. Universidades o Consulados fueron *asociaciones* particularmente de comerciantes en defensa de sus intereses, que el siglo XVI desempeñaron importantes funciones especialmente monetarias, y alcanzaron del poder público notables privilegios. Veamos pues algunos apartes de la obra de Tomás de Mercado:

El primer capítulo de obra expresa el “intento del autor”: “Con la brevedad posible trataré del Estado y Condición de los Mercaderes, mayormente de los de esta república, y de sus negocios y tratos: porque para su utilidad y cómodo especial lo *escribí* y publiqué en su lengua materna y vulgar” (86-87). Analizar sus negocios requiere un particular ingenio y ayuda de Dios para entenderlos. Una vez formulado su propósito se refiere al “principio, origen y antigüedad de los Mercaderes”, en el capítulo segundo. Se remonta hasta la creación del mundo por Dios para mostrar la dignidad del Mercader estableciendo relaciones entre el dominio, la propiedad y el trueque antes de la invención de la moneda. Pero “andando el tiempo, especialmente después del diluvio general” se comenzó a poblar esta “máquina mundial” y como el trueque resultaba “negocio molestísimo” acordaron los hombres escoger un par de metales que fuesen precio de todo lo vendible y estos fueron el oro y la plata. Hecho esto —añade Mercado— se introdujo la venta y a los hombres que tenían continuo uso de mercar y vender comenzó el vulgo a llamar mercaderes (95). Termina este apartado estableciendo la diferencia entre el oficio del Mercader y el oficio de los clérigos: “tornar a vender porque se *augmenta de valor* o se muda de lugar: esto es mercar y negociar” (96).

Inicia después una descripción semejante pero utilizando fuentes, greco-latinas según las cuales los mercaderes tiene que ver con el conocimiento, pues, es “Verdad que en tiempos antiguos cuando deseaban y buscaban los hombres lo que es digno de desear, que es ver y saber, en gran reputación fue tenida la mercancía”. Y así Solón y Tales fueron en su juventud mercaderes y después grandes filósofos. Estos mercaderes eran sumamente apreciados pues son útiles a la república, por la gran noticia de varias cosas que han visto y oído en su peregrinación. Pero este arte se vuelve una práctica marginal y despreciable cuando “comenzó a ser el fin principal de los mercaderes el oro y la plata, no el conocimiento y noticia de las gentes y ciudades vino el arte

justamente a ser tenido y a ser a los ilustres afrentoso su ejercicio y uso, pues el mercader no es el hombre deseoso del bien de su patria como antes, sino muy amante de su dinero, y codicioso del ajeno (100).

Este capítulo resulta precioso para iniciar el análisis; se trata de mostrar no sólo que los mercaderes "son gente muy antigua" sino el origen *inocente* y noble del *oficio* remitiendo a la intención la problemática relacionada con el enriquecimiento ilícito; por otra parte menciona la diferencia entre el oficio del Clérigo y el del Mercader y hace referencia a la aparición de la moneda y su incidencia en el plano del oficio.

La *oposición entre oficios lícitos e ilícitos* es un índice histórico de la memoria tradicional que maneja el autor de la Suma y que nos remite a la Edad Media, esa "larga Edad Media" de la que habla Jacques Le Goff (4).

Podemos afirmar que el oficio de mercader era en sus comienzos una auténtica "práctica popular". En esta época los oficios eran clasificados como nobles o viles, lícitos o ilícitos. Hay a nivel de la mentalidad un desprecio por las profesiones prohibidas y los mercaderes son expresamente señalados como tales. Pero el mercader llega a convertirse en personaje de operaciones complicadísimas que implican inteligencia, habilidad, experiencia y astucia. (Es curioso que estas sean las notas que describan una actividad prohibida). Una de las razones por las cuales el mercader comienza a ser reconocido es por el dominio que él ejerce sobre el tiempo. En su actividad profesional el mercader está sometido al tiempo meteorológico, al ciclo de las estaciones a la imprevisibilidad de la intemperie y a los cataclismos naturales. Pero junto al tiempo meteorológico está el tiempo de su viaje, el tiempo de la travesía, el tiempo de la exploración del espacio. Y el mercader descubre el precio del tiempo: la duración de su viaje.

Tiempo mensurable, mecanizado; disminuido o acelerado en relación con la causas de la naturaleza. Tiempo "maleable" dice Le Goff que no excluye la inexorabilidad de los vencimientos; en él se sitúan las ganancias y las pérdidas, los márgenes de beneficio o déficit (5). Así este trabajo condenado primero, criticado después empieza a ser excusado, justificado y finalmente estimado. Las razones de la estima tienen que ver con el valor del tiempo. "deriva de los riesgos corridos por los mercaderes: daños efectivamente sufridos,

4. Cfr. Jacques Le Goff, *Tiempo, Trabajo y Cultura en el Occidente Medieval*. Madrid, Taurus, 1983.

5. Op. cit., pp. 45 - 136.

inmovilización del dinero en amplias empresas, peligros debidos al azar. De este modo la incertidumbre en la actividad comercial justifica las ganancias del mercader”.

El tiempo dice Le Goff que “empieza a racionalizarse se laiciza al mismo tiempo. El tiempo de la Iglesia es el tiempo de los clérigos, ritmado por los oficios religiosos, por las campanas que los anuncian . . . Los mercaderes y los artesanos sustituyen este tiempo de la Iglesia por el tiempo medido con más exactitud”. Es el tiempo de los relojes (6). Esto planteará nuevos problemas relacionados, ahora, con el “buen uso del tiempo” ya que el tiempo es en adelante una herramienta. Asistimos a una invención: el tiempo, se convierte en moneda; el tiempo va no pasa, se *gasta*.

Podemos preguntarnos cuáles fueron los instrumentos que permitieron esta “marcha triunfal” del oficio de mercader? Cómo se ha logrado la toma de conciencia del oficio y de la profesión? Y aquí la respuesta parece ser única: gracias a los manuales de Confesores y a las Sumas los mercaderes toman conciencia de su oficio. Las Sumas y los Manuales son productos auténticos de la vida urbana: textos donde se dan cita actividades profesionales y curiosidades espirituales; auténticos catálogos que clasifican profesiones y oficios, categorías sociales y pecados. No es de extrañar que sean los Predicadores quienes se den al trabajo de escribir estas Sumas.

Gracias a los Manuales y las Sumas se articula una nueva concepción de la confesión, una nueva comprensión del trabajo y unos nuevos esquemas de estructura social. Verdadero espacio (simbólico) en donde se redistribuyen actores, procesos y símbolos. En los Manuales las razones de justificación del oficio recibe una transformación radical. Allí figura ya “la recta intención” y con la recta intención la afirmación de la conciencia individual. Pero sobre todo lo que justifica al mercader y a su trabajo es la utilidad común como lo dice Mercado en la introducción de su obra. Gracias al mercader los productos inencontrables en un país son traídos desde el extranjero, caso de utilidad común. Así mismo se debe formar la conciencia del Mercader: “Es necesario edificar con tal doctrina la *conciencia de los tratantes*” para que éstos ejerzan lícitamente su arte.

Por otra parte las Sumas y Manuales van a permitir a los confesores mayor discreción. Tomás de Mercado dedica algunas páginas de su obra para dar

6. Los excelentes trabajos de Jesús Martín B. *Cultura popular y Comunicación de masa*. Lima, Centro de Cultura Transnacional, 1984 y *Cultura popolare e cultura di massa in La Ricerca Folklorica*, Milán, 7, 1983, pp. 9 - 17.

consejos a los confesores y llega a comparar la práctica de la confesión con la sabiduría propia de los negocios . . ." el confesor y teólogo no deben ser tan amigos de sus conceptos sino ser discretos (126 - 127), para lo cual importa comprender la praxis del negocio y en este sentido la teología moral es filosofía moral. El capítulo VII de la Suma es un excelente ejemplo de lo que venimos diciendo. Por otro lado es la manera de justificar a los confesores pues "un buen confesor es tan necesario como la misma ley, pues él es quien principalmente la hace guardar (172). Además, las doctrinas propuestas por los confesores tenían otro tipo de acción ya que los Manuales no estaban reservados a los confesores sino que podían ser leídos por los penitentes . . . Las Sumas, como la de Mercado, podían ser compradas por los mercaderes que tenían la fortuna y la instrucción necesaria y a quienes se planteaban espinosos casos de conciencia.

En cuanto a una nueva comprensión del trabajo: los Manuales y las Sumas contemplan por lo general tres temas: vocación, dinero y trabajo, o lo que es igual salvación-profesión.

Recordemos que los mercaderes han descubierto el valor del tiempo y con éste su oficio es una labor, si es así es lícito y pueden recibir un salario. El trabajo se vuelve el valor de referencia. Veámoslo en el texto de Mercado:

"Digo que en las mercaderías necesarias se ha de tener respecto principalmente por el bien común y también y secundariamente, a la ganancia de los mercaderes: para que con el cebo del interés, y gusto, insistan, y trabajen mejor en proveer la ciudad (161). Débese considerar lo que a ellos les cuesta, las costas que hacen en traerlo, el riesgo a que se exponen, por mar o por tierra, el tiempo que tienen ocupado en ello su dinero, hasta que se saca, ya junto esto, añadiendo un moderado interés, se hallará y pondrá el precio justo" (162). Y más adelante añade:

"Y no se ha de tener por puesto tan solo el dinero, sino el trabajo y ocupación que se suelen apreciar y estimar. Y si oro es, según dicen lo que oro vale, oro pone quien su solicitud, sudor e industria mete, pues oro vale . . . Así los que van a Indias comúnmente no ponen dinero, o muy poco, y ganan mucho. Porque se mira lo que es justo, que hace mucho en tomar un viaje tan largo y tan peligroso de mar, y desterrarse de su tierra y natural, habitar y morar a las veces en tierra de trabajosa vivienda . . . (201).

Entra Mercado a analizar algunos casos importantes para los mercaderes: el problema del precio, del vender y comprar al contado; fiado; de las quiebras y de la composición de las Compañías y muchos otros, pues, "cada día

se ofrecen nuevos" y de éstos casos hay "cien mil en Teología Moral". Termina su libro con un capítulo sobre la "Navegación a las Indias, así Orientales como Occidentales"; conviene detenernos un momento pues la descripción que hace de la navegación y del Océano es importante para nuestro tema: comienza recordando que el "pasaje" de Europa a Indias es tan peligroso que se constituye un caso de conciencia: ¿Qué es lo que justifica este "arriscar tan patentemente la vida"? . . . *Padecen todos sus infortunios, mayormente los mercaderes de esta ciudad, que despachan naos y urcas con grandísima barbaridad. Y a nadie parezca pasado el término que es muy blando si al hecho se mira. Despachan navíos y carabelas, cascos muy pequeños: lo primero, por un mar océano, tan vasto, soberbio y tenebroso: por unos golfos tan largos y amplísimos, que nombrarlos antiguamente, sólo su nombre espantaba. Lo segundo en el riñón del invierno por noviembre diciembre y enero, tiempo rígido y tempestuoso . . .* (401). Así les sucede lo del refrán "ahogarse casi a la orilla nadando primero gran trecho. Piérdanse muchas naos allá, a la entrada de los puestos, habiendo navegado un mar tan inmenso. La cordura de los, pasados ha hecho locos a los presentes . . . Desorden que no puede, no caerles muy a costas y costarles muy caro como ya lo comienzan a sentir" (404). Desorden originado por un exorbitante deseo de riquezas. "Porque un deseo exorbitante de riquezas, no permite con su apresuración desvariada guardar tiempo, ni sazón a los negocios, sin lo cual nunca suceden prósperamente . . . (405). Pero si el Mercader tiene en cuenta el clima "saliendo cuando el viento corra blando, la mar echada, el viaje apacible y la llegada sana" cobrará ganancias ya que las Indias son siempre oportunidad y ocasión de ganar" (406).

Los análisis de Mercado gravitan en torno al problema del "cambio". Siempre vuelve a las formas primitivas de intercambio. "Lo que este nombre, cambio, significa es cosa antiquísima por ser antiguo el trato. Es nombre latino, e interpretado en romance quiere decir "trueque" (410). Repite que en la antigüedad todo era trueque, pero después "hubo oro y plata, comenzó el humano gentío a mercar, y vender, y ejercitar todos los demás negocios, que se han injerido y multiplicado" (410). Las descripciones que hace Tomás de Mercado sobre el oro y la plata se ubican en el contexto de los mercaderes y no de los economistas; su afán es lograr determinar los elementos que constituyen un precio justo. Pero estas descripciones pueden ser interesantes si las comparamos con estudios recientes.

Insiste Mercado que el oro y la plata son metales y que como tales tienen funciones naturales y sólo en segundo momento son monedas, esto es son artificiales: "cuando se hacen moneda estos metales, y los aprecian, y cuñan, el intento principal es, sean precio y valor de lo restante, más no dejan de tener cuenta en esta evaluación también con su ser, y propiedades naturales".

(428). Esta referencia a la moneda será retomada por Michel Foucault, sólo que este la ubica históricamente en la polémica que enfrentó a Jean Bodin y M. de Malestroit, de 1566 a 1568 en torno al alza de precio ocasionadas por los "metales americanos". En realidad se trata de dos problemas diferentes:

Parte Michel Foucault de la relación entre mercancía y precio y del efecto que pueden tener las devaluaciones sucesivas o la afluencia de los metales americanos. El problema para Foucault radica en la substancia monetaria, la naturaleza del patrón, de la relación de precio entre los diferentes metales utilizados, de la distorsión entre el peso de las monedas y sus valores nominales. Todos estos problemas se materializan en el metal, que normalmente era raro, útil, deseable y cuyas características fueran estables para que la marca que allí se imponía fuera universalmente legible. Así "en la realidad material de la moneda se fundan sus dos funciones de medida común de las mercancías y de su sustituto en el mecanismo de cambio". "En consecuencia la moneda sólo mide en verdad si su unidad es una realidad que existe realmente y a la cual puede referirse cualquier mercancía" (7). Tal es el fondo epistemológico sobre el que opera el siglo XVI: se remiten los signos monetarios, a su exactitud de medida: es necesario que los valores nominales que lleven las piezas estén de acuerdo con la cantidad de metal que se ha elegido como patrón y que se encuentra incorporado en ellas; así pues la moneda no significaría más que su valor medidor". Pero, y este, es el segundo problema, la moneda aparece como una mercancía entre otras. Este hecho es el que permite introducir el famoso problema de la inflación causada por los metales americanos. Foucault acepta las tesis de Bodino "el aumento de los precios tiene, pues, una causa principal, que es casi la única que nadie ha tocado hasta ahora: la abundancia de oro y plata, la abundancia de lo que da estimación y precio a las cosas". Frente a estas tesis de Bodino, Fernand Braudel sostiene una explicación menos espectacular: citando a Gérard Malynes (1586-1641) mercader inglés experto en cuestiones comerciales que dice en 1601: "la subida general de los precios se debe a "los mares de moneda" llegadas de las Indias; ellos han originado una disminución de la medida, lo que a su vez hace crecer las cifras con el fin de restablecer el equilibrio", comenta Braudel, estas tesis cuantitativas, mostrando cómo el fenómeno de la inflación es típicamente europeo al menos en sus inicios: "En el corazón de Europa la revolución de los precios había comenzado antes de que Colón navegase hacia América. La revolución llega al Mediterráneo hasta alrededor de 1520 y no se afina

7. Michel Foucault, Op. cit. pp. 164 - 206.

allí hasta 1550" (8). Claro que los intentos de Foucault y de Braudel difieren pero son en el fondo prácticas correspondientes. Foucault, para terminar, está interesado por mostrar la episteme del siglo XVI, esa red que liga los elementos del saber: la cosmología de los signos duplica y fundamenta la reflexión sobre los precios y la moneda, pero las "relaciones singulares y parciales entre las cosas y el metal, el deseo y los precios" sólo se dan a los mercaderes: lo que los adivinos eran en el juego indefinido de las semejanzas y de los signos, son los *mercaderes* en el juego, siempre abierto también en los cambios de las monedas".

Es interesante ver como el historiador de las "epistemes" descubre los mismos elementos que Mercado "inscribía" en su práctica escrituraria, pero Foucault eleva rápidamente al nivel de la representación la práctica de los mercaderes: así como toda riqueza es "amonedable" así todo individuo es "nombrable" y toda representación es "significable", en este sentido, dice Foucault "las teorías de la moneda y el comercio tienen las mismas condiciones de posibilidad que el lenguaje mismo". Por nuestra parte queremos explorar otra vía, que en trabajo de la episteme clásica ha sido reprimida, me refiero al conjunto de *prácticas* que definen el oficio y el arte de los mercaderes y que han sido expresadas por Tomás de Mercado.

Tenemos en primer lugar las *prácticas de comercio* que imponen la justa medida del tiempo para la buena marcha de los negocios. Es el paso del tiempo vivido al tiempo medida: la "episteme clásica" supone el abandono del tiempo como memoria de la colectividad y el acceso al tiempo como cantidad abstracta, mensurable. Iniciamos así el tránsito a una nueva concepción cultural, a una nueva percepción y experiencia de la cotidianidad de sus ritmos, de su organización. Le Gogg cita un texto en el que se nos cuenta cómo y por qué aparecen los campanarios: la campana como reloj comunal es instrumento de dominación económica social y política de los mercaderes que regentan la comuna de Aire-sur-la-Lys, "conviene —dice el texto citado— que la mayoría de obreros jornaleros vayan y vengan a su trabajo a horas *fijas*". Y con la nueva concepción del tiempo una nueva moral, la del trabajo. Y de ahora en adelante se verán como improductivas aquellas *prácticas* que no estén sometidas a la nueva moralidad.

8. Fernand Braudel. *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo* en la época de Felipe II, (*). México, F. C. E., 1976.

Tenemos en segundo lugar, las *prácticas escriturarias* de las que la obra de Mercado es un buen ejemplo. Como se ha dicho los Manuales de confesores y las Sumas permiten la toma de conciencia de las profesiones. Gracias al texto un sujeto plural (los mercaderes) “tienen” el discurso. Y aquí no vale la distinción entre teólogo y mercader pues los dos pertenecen a la misma institución y ejercen trabajos que los hermanan: ambos pueden vender el tiempo o los conocimientos; ambos se han organizado en “Universidades” y a la pregunta “pueden los maestros lícitamente recibir dinero de los estudiantes?”, los manuales de confesores, *eco de la práctica y de la opinión* responden afirmativamente” (9).

El origen común de las prácticas de los mercaderes y de la práctica textual radica en un nuevo descubrimiento del espacio; se trata, por una parte, del espacio infinito del Atlántico, por otra, la hoja de papel: un texto enuncia una operación que se sitúa en un conjunto de prácticas; el libro, es a la vez resultado y síntoma de un grupo; el texto se remite a una compleja fabricación colectiva. Nos remite a un determinado lugar. Michel de Certeau ha explorado esta práctica escrituraria que tiene como finalidad producir la sociedad como texto (10). En últimas, y si aceptamos la hipótesis precedentes, el texto de Mercado es el resultado y un síntoma de un grupo: navegar es trabajar escribir es trabajar: navegar y escribir van juntos como nos lo recuerda Michelet quien compara el texto histórico como un viaje que se realiza por la “fuerza del deseo, bajo el aguijón de una ardiente curiosidad que nada podría detener”. Escribir, en efecto supone, un espacio en blanco, es un espacio controlable, dominable. El texto se construye en ese lugar, se produce un cierto orden, se trazan trayectorias: escribir es una práctica itinerante, progresiva, regulada, una marcha y finalmente esta producción apunta a la eficacia social, la sociedad juega con su exterioridad. ¿Acaso los mercaderes no habían hecho otro tanto?

La conquista del Atlántico, más que el “descubrimiento” de América es lo que debemos asumir como poder de un *imaginario* el imaginario de la modernidad: de una sociedad representada bajo la forma imaginaria de los mercaderes y sus prácticas. La conquista del Atlántico, así sea, del “Atlántico de Sevilla” es un acontecimiento que permite pensar el origen, es un verdadero fantasma de los orígenes.

9. Jacques Le Goff, Op. cit., p. 171.

10. Michel De Certeau. *L'Écriture de l'histoire*. París, Gallimard, 1975.

Al fin de cuentas, decía Michelet, la historia es siempre historia de un lugar fantasmático. Y si el Atlántico es ese lugar para nosotros, es también allí en donde se subvierte "el orden"; se recupera el tiempo, es allí donde aparecen las primeras prácticas de *otro imaginario* invisible, "táctico", pues no tiene otro espacio para realizarse, otro imaginario que se está afirmando "localmente"; ese imaginario que Angel Rama nos describió antes de su partida: "Entre ambas orillas del Atlántico los relojes funcionaron jubilosamente a destiempo, de tal modo que en esa cuenca de los Atlantes por la que circulaban —revueltos— españoles, lusitanos, americanos, negros, indios y árabes, de algún modo tocados todos por la —según el poeta— "sangre de Hispania fecunda", no hubo un minuto en que no dieran la hora, componiendo lo que algunos llamaron una "algarabía" y otros un "candomblé" (11).

11. Angel Rama, *La concertación de los Relojes Atlánticos*. 1984.



"Pertenenencias del Arriero"

Luz Estella Martínez (II Semestre)